

Pan por comer

Autora

Lidia Mauriz Fernández

Primer Premio

Categoría B • 19-30 AÑOS

2014

Autora

Lidia Mauriz Fernández

Cantabria, 1994

Terminó sus estudios de ingeniería industrial en la universidad de Cantabria. Actualmente se dedica a la gestión de proyectos en una empresa especializada en la robótica y automatización industrial.

La escritura sigue siendo su gran afición a la que actualmente no puede dedicar mucho tiempo, aunque le encantaría.

PAN POR COMER

Lidia Mauriz Fernández

Las ocho. Campanada tras campanada repica la torre de la ciudad. De la noche o de la mañana poco importa estando todo siempre oscuro.

Algunos abren los ojos y otros los cierran. Se cambia el turno en la refinería y sacan una hornada de pan en la tienda de la esquina. El camino se hace más agradable oliendo la masa recién hecha aunque se quejen las tripas.

Abre la puerta del portal y sube las escaleras hasta un quinto piso muy húmedo. Entra en casa y hoy no chirría la puerta, pero tampoco el interruptor enciende la luz. Otra noche más a oscuras en una oscura ciudad. Deja la llave metida por dentro y cierra con tiento para que no retumben las paredes. Se conoce los veinte metros cuadrados que son su hogar como la palma de su mano. Realmente no hace falta luz.

Hace el mismo frío que en la calle, pero no se tiene la chaqueta puesta en una casa. La dobla encima de una silla y recuerda sin pretenderlo las lecciones de su madre. Como si él algún día fuese a ser alguien. Sacude la cabeza y suspira. Corre las cortinas de la única ventana que tiene y entra un tenue resplandor del otro lado de la

calle, es su bloque el que se quedó sin suministro, o igual solo su casa. Poco importa.

Se pasa la mano por la cara y nota el rastro graso del petróleo. Tocaré ducharse. Va hasta el baño en dos pasos y con medio más llega al mando del grifo. Lo gira dos vueltas y las cañerías empiezan a gruñir. Un escupitajo frío le cae en el brazo antes de que salga un chorro constante. Se desviste ligero. No hace falta esperar al agua caliente, no hay.

Se da cuenta tarde de que debería haber encendido el candil aunque fuese para eso, prefería romperse la crisma con luz. Se frota la cara, los brazos y el pecho con una pastilla de sosa y se aclara deprisa.

Al salir hace aún más frío y los dientes le temblequean. Se pone los calzoncillos y se envuelve con la manta de la cama. Mañana tocaré de nuevo el uniforme de trabajo.

No hace falta energía para ir a dormir, así que la cena es prescindible. Soñará con el pan caliente de la tienda de la esquina para engañar al estómago.

Un día más, un día menos.

Las ocho. Comienza su turno. Lo oye desde la cama. Se ha dormido. Abre los ojos sobresaltado y se levanta. La vista se le nubla y cae de bruces sobre la tabla que es su cocina rebotando hacia el suelo. Intenta levantarse de nuevo, mareado, con la habitación aún a oscuras y desorientado. Se permite dos minutos sentado hasta que su oído interno se recupera y se levanta. Tiene las manos entumecidas por el frío y más de media hora de retraso. Su cabeza va más rápido que su cuerpo y vestirse se convierte en una hazaña de pies y manos.

No hay tiempo para la comida que dejó atrasada anoche. Mete los pies en las botas de trabajo y los cordones se quedan a medio atar. Se precipita hacia la puerta y sale con un portazo. Ha dejado las llaves al otro lado de la cerradura, se da cuenta entonces, con las manos vacías. Lo solucionará después, ahora necesita no perder su empleo.

Corre escaleras abajo agarrado a la barandilla para cuando le fallan los pies cada dos escalones. Las prisas nunca fueron buenas. Ya



lo decía su madre. Siempre su madre. Una parte de él se alegraba de que muriese pronto para que no viese en lo que se había convertido. No estaba viviendo la vida que se le había presupuesto.

Pasa corriendo por delante de la panadería sin poder tomar ni siquiera una bocanada de ese aire caliente y sabroso.

El cielo seguía oscuro y las calles también. Con un tono de gris tormenta que no acaba de caer. El color habitual. Siempre más de noche que de día.

Llega a las puertas de la refinería, no hay guardia, tampoco le sorprende, quién querría entrar allí por voluntad propia. Un amasijo de tuberías y chimeneas que sudan en negro como todos los que allí trabajan, aunque al menos hace calor, eso no podía negarlo.

Se siente débil, a falta de dos comidas y con una carrera de más. Ficha sin demorarse y para dos segundos, jadeante. Aquella era la meta del día y ya había llegado. Palpa sin éxito el bolsillo en el que siempre guarda las llaves. Definitivamente se quedaron al otro lado de la puerta.

La mierda condensada en el aire se le pega a la piel como cada jornada y aunque sigue sintiendo asco cada vez le importa menos. Tendrá que quedarse dos horas de más para compensar.

Ya lleva el buzo puesto, no necesita cambiarse así que va directo. Se siente más solo que de costumbre, pero no sabe decir si en el alma o en la refinería. Puede que esté solo en ambos sitios.

En ese momento, sin entender por qué, tiene la certeza de que nunca llegará a probar el pan de la tienda de la esquina.

Todo está mucho más silencioso que de costumbre. Comienza a ponerse nervioso. La sensación de soledad es más realidad que sentimiento. Llega a la sala de máquinas y lo que encuentra le baja el espíritu a los talones.

“¡Eh! Tú, ¿qué haces ahí?”, le grita un compañero. En el rostro se le veían las ganas de reivindicar que a él le fallaban, y en las manos un fusil.

Levanta las manos sin saber qué más puede hacer y se queda quieto.

“O vienes o te largas. Aquí a los esquirols muerte.” Dice señalando cuatro cuerpos que asoman tras una de las máquinas.

Da dos pasos hacia delante con la certeza de que si los da hacia atrás se ganaría la misma fortuna que aquellos pobres desdichados en el suelo.

El grupo baja las armas y él respira profundo. Nunca creyó temer a la muerte, pero el palpar de su corazón no decía lo mismo.

“Venga, ven. Servirás para hacer bulto.” Hizo un gesto con la cabeza y sus pies le siguieron.

Le colocan detrás. Con otros muchos infelices que no sabían lo que les esperaba al llegar. Se veía venir sin embargo, se veía que cuatro hombres no harían el trabajo de cuarenta por mucho tiempo. Que cuatro hombres no levantarían la economía de un país mientras el resto miraban y criticaban.

Él lo sabía, y como él todos los que le acompañaban, hasta los cadáveres de ese día lo sabían. Pero no que pasase ya. Esperaba haber podido prepararse, concienciarse al menos, esperarlo con angustia incluso.

Él está de su parte, como no estarlo viendo su vida. No cabía duda en eso, pero quién le creería ahora cuando casi lo matan por esquirol.

Suenan las sirenas que indican una parada en la refinería. Nunca antes las había oído y un escalofrío lo recorre de arriba a abajo. Es un sonido tétrico, con notas de muerte, o igual es solo la situación.

“Con suerte explota antes de que lleguen.” Dice el del fusil con un rastro de felicidad al acabar la frase.

Entonces, la certeza de no conseguir probar nunca el pan de la tienda de la esquina se junta a la convicción de no llegar a vivir un día más.

Al menos ya no tenía que preocuparse por las llaves al volver a casa.

Un día menos, y ya no quedan más.